Proyecto Memorias, Aprendizajes y Proyecciones del Estallido Social
Asamblea Villas Unidas y CAT, comuna de Ñuñoa.
Daniel Fauré.
11 de septiembre de 2020

Mario: Nos interesa particularmente el seguimiento de las dinámicas territoriales; en esa dirección, ¿desde cuándo has mantenido vínculos con organizaciones poblacionales o territoriales?

Daniel Fauré: Empecé a vincularme con organizaciones de base desde que empecé a trabajar en educación popular, aproximadamente desde el año 2000. Llevo exactamente 20 años participando en organizaciones de educación popular y solo algunas de esas experiencias han sido territorializadas; en ese sentido, la mayoría del tiempo he estado en organizaciones que fueron o son coordinaciones u otros modelos, organizaciones que iban en apoyo a grupos de base, que sí tienen trabajo territorial. Uno es el Movimiento Nacional de Educadores y Educadoras Populares MOVER donde, básicamente, lo que hacíamos era movernos por Chile para generar instancias auto-educativas. Después estuve poco más de 10 años en el colectivo Paulo Freire, que es una agrupación chiquitita que reúne a educadores que vienen trabajando en diversas iniciativas desde los 80 y que, precisamente por eso, no tenían un trabajo territorial concreto, sino que "servían de apoyo" a otras experiencias territoriales. En los últimos años, participé de una organización que se llama Caracol, que también se definía precisamente por ser un apoyo a organizaciones de base. Finalmente, a través de mi trabajo como docente universitario, se empezaron a abrir varias líneas de trabajo, porque mi docencia está relacionada también al trabajo comunitario y la educación popular, entonces se abrieron varios espacios de trabajo con múltiples organizaciones que tienen precisamente los y las estudiantes.

Por eso, mi experiencia en educación popular ha sido desde muy temprano no una experiencia territorializada, sino multiterritorial: básicamente moviéndonos por diferentes aristas, generando instancias de autoeducación que permitan el fortalecimiento de las organizaciones territoriales. Entonces, en mi trayectoria como educador popular me he dedicado a ser una especie de trashumante entre diferentes territorios apoyando procesos que tienen que ver –en primera instancia- con creación o apoyo, asesorías en metodologías participativas para espacios formales, pero después metodologías participativas para organizaciones de base y, en algún momento, nos tocó harto hacer el trabajo de "ir a resolver conflictos internos": es decir, pasaba muchas veces que organizaciones -no necesariamente de educación popular, sino organizaciones de base o territoriales-, no sabían muy bien cómo resolver conflictos internos y llegaban a la conclusión de que las técnicas de educación popular podrían resolver algunas de estas problemáticas. En síntesis, mi cercanía con organizaciones populares, fundamentalmente poblacionales, viene desde el mundo de la educación popular y precisamente en esta línea de brindar apoyo metodológico y de formación para el fortalecimiento de las prácticas locales.

Mario: Entrando ahora al estallido ¿Cuáles son tus primeras impresiones, cómo entraste al estallido, qué recuerdas de los primeros días?

Daniel: El estallido me pilla precisamente organizando un evento bien grande. Al momento del estallido yo estaba militando en dos espacios: el primero era una organización de educación popular, y el segundo espacio es la Red Trenzar, una coordinación *semiacadémica* y *semipopular,* una red de académicos, investigadores y extensionistas que trabajábamos en educación popular y que teníamos vínculos con organizaciones de base. Con esa red, en particular, teníamos planificado realizar el 22 de octubre, el "Tercer Encuentro Nuestroamericano de Educación Popular, Pedagogía Crítica e Investigación Militante", en la UMCE. Llevábamos varios meses en la preparación de este tercer encuentro y habíamos decidido abandonar el protagonismo como Red Trenzar y hacer un encuentro que de verdad fuera planificado con las organizaciones de base. Ese viernes 18 de octubre, teníamos la última reunión de coordinación para ver los últimos detalles, en el colegio Paulo Freire en San Miguel.

Ese mismo día, por la mañana, estuve haciendo clases en el centro de Santiago, con estudiantes de Trabajo Social de la UTEM, y terminamos la clase hablando precisamente de las evasiones del metro; recuerdo que yo les planteé cómo la fuerza secundaria era el movimiento social más radical de los últimos 15 años y que lo más seguro era que esto abriera camino a otras expresiones que no habíamos visto. Jamás me imaginé que lo que les estaba diciendo se iba a concretar tan rápido, porque después salí de la universidad, caminé hasta el parque Almagro y cuando llegué al metro, a eso de la una de la tarde, la estación de metro ya estaba destruida. La reunión de coordinación para el encuentro que les contaba, al final la hicimos igual, pero de las 15 organizaciones alcanzamos a llegar solo 5 ó 6 a Gran Avenida. Obvio que nos dimos cuenta en ese momento que el encuentro no se podría realizar.

Cuando terminamos la reunión, alrededor de las 20.00 horas, me puse a caminar por Gran Avenida y al no poder tomar micro, terminé caminando desde el Metro Lo Vial hasta Plaza Italia. Me acuerdo que en el camino fui viendo que las marchas se habían tomado Gran Avenida espontáneamente. Ahí me di cuenta de que algo raro estaba pasando porque en el sector de la comisaría, Carabineros salió a reprimir las manifestaciones derechamente con disparos, en plena Gran Avenida.

Seguí marchando hasta la Alameda y mientras escuchaba las noticias por radio para saber lo que estaba ocurriendo, nos enteramos que se estaba quemando el edificio de ENEL. Regresé a mi casa caminando y viendo la multiplicación de manifestaciones. Al día siguiente apareció en Ñuñoa una marcha espontánea bajando por Avenida Grecia hacia el Estadio Nacional. Eso ya era una locura porque era un sábado por la mañana. Nos llamó mucho la atención y salimos a preguntar desde dónde venía la marcha: algunos venían de Peñalolén, otros de la plaza Ñuñoa; nos sumamos y alcanzamos a llegar a la esquina del Metro Estadio Nacional porque nos encontramos allí con un nivel de represión que, al menos yo, no había visto nunca en el sector. La protesta se mantuvo hasta como las 16.00 horas. Después, hubo un llamado a caceroleo y en la noche volvió a explotar la protesta nuevamente y no paró más. Yo llevo viviendo aproximadamente 12 años en Villas Unidas, cerca del Estadio Nacional, y nunca antes había visto una manifestación de esas proporciones.

Al ver que se repetía todos los días y aumentaba la intensidad, a pesar de que aumentaba también el nivel de represión, como que ahí uno empieza a pensar y preguntarse *¿qué es lo que hay que hacer? o ¿qué es lo que corresponde hacer en este contexto?*

Daniela: ¿La esquina que describes es Grecia con Macul?

Daniel: No. Es en Grecia con una calle que se llama Los Tres Antonios. Es que en este sector las referencias siempre son Villa Olímpica y la esquina de Grecia con Macul, donde sólo hay movilización cuando hay clases, y el corte de calle siguiente recién viene en la Villa Los Presidentes. Pero mi población, que en realidad es un conjunto de 6 poblaciones chiquititas, no tiene esa tradición organizativa. Entonces, que aquí la gente saliera con ese nivel de radicalidad era algo muy extraño y había que hacer algo. Al segundo o tercer día y conversando con la gente que estábamos en la calle, en la protesta, dijimos *tenemos que hacer algo* y *¿qué es lo que se hace en esta instancia?*, convocar a una asamblea. Igual es interesante ver cómo este país es tan legalista y desquiciado que después de dos días de haber hecho estallar todo, ya había gente discutiendo cómo iba a ser la nueva Constitución. Claramente esa no era la prioridad para mí, ni para la población donde vivo, pero ya se estaba hablando de eso en las conversaciones que se daban en las barricadas, además de la represión y de lo nuevo de la situación.

Estaban circulando en internet las primeras cartillas que sacó Unidad Social y las descargamos porque había vecinos que querían que esto fuera formal, que les interesaba que esto fuera algo reconocido, entonces uno tenía que decirles que sí, que las preguntas que íbamos a discutir habían sido recogidas de un sitio web existente. Y lo que hicimos a nivel territorial fue eso: mi hijo diseñó en *photoshop* un afiche, lo imprimimos en nuestra casa y salimos a pegar por toda la población convocando para el sábado siguiente, el sábado 26 de octubre, y así organizamos el primer cabildo en el territorio, sin saber si iba a llegar alguien, sin saber nada en realidad, porque mi trabajo territorial, de 20 años, había sido en cualquier territorio, menos en el mío.

A esa primera asamblea llegaron más de 50 vecinos. Al comienzo, todo el mundo se preguntaba quién había convocado: les parecía demasiado bonito el afiche y por lo tanto esperaban que apareciera el alcalde o un militante, pero éramos nosotros -mi hijo y yo- quienes habíamos convocado, como vecinos. Ese fue el primer encuentro: un espacio para darnos cuenta de que éramos vecinos y vecinas del sector. En ese primer cabildo, se decidió mantener el espacio y seguir reuniéndose dos veces a la semana. Así mismo, empezó el debate por instalar la idea de asamblea en lugar del cabildo.

Mario: Fue Cabildo primero y después Asamblea, ¿tomó algún nombre específico después?

Daniel: Sí. Lo que pasa es que este territorio ni siquiera tenía nombre. Eso es interesante. Yo pensé que a la convocatoria iba a llegar gente más joven porque, como estamos cerca de las universidades, hay harto estudiante viviendo acá, pero contrario a lo que pensábamos fue una convocatoria que atrajo mucho a los tres grupos que componen esta población: primero, los "originales", viejitos y viejitas que se ganaron las casas en los años 60. Segundo, sus hijos, la generación de los hijos nacidos y criados en el sector, que tienen en promedio 50 años. Esa generación llegó muy emocionada porque esto los llevó a revivir las jornadas de protesta de los 80. Y tercero, llegó la generación de jóvenes profesionales, porque acá también está lleno de parejas jóvenes, recién titulados, que tienen el sueño de la casa propia y terminaron arrendando un departamento acá porque es más barato que en la Villa Olímpica o *Ñuñork*. Por último, llegó también un segmento pequeño de chiquillos jóvenes, de estudiantes secundarios y universitarios. Entonces teníamos allí una fauna muy grande, pero siempre reconociéndole a los "nacidos y criados" un protagonismo mayor.

Uno de los primeros temas de discusión en el cabildo fue justamente saber quiénes éramos, porque cuando uno dice que vive acá, la gente asume que vives en la villa Olímpica y hay algunos que hasta se ofenden. Algunos dijeron que al sector se le conocía como *la Exequiel González Cortés*, pero después la generación de los más viejos, de los fundadores, dijeron: "*No. Esto siempre fue conocido como la Villa Naciones Unidas*". A pesar de que no encontramos ningún registro con ese nombre, quedó como Villa Naciones Unidas. De ahí sale el nombre, porque en el fondo, agrupamos a 6 poblaciones diferentes: Lo Valdivieso Norte, Lo Valdivieso Sur, Villa Yugoslavia, Villa Alemana, Villa México y Villa Real Grecia.

Mario: ¿alguno de esos jóvenes era también de la Villa Frei? porque creo que venían de afuera también a participar acá.

Daniel: Quizás, porque en Ñuñoa se dio una coordinación muy rápida entre asambleas, hubo muy buena onda entre las asambleas que tenían el mismo rollo político; por eso mi asamblea –que era nueva- reconocía cierto liderazgo de Villa Olímpica o Villa Frei, que son asambleas que tienen el mismo rollo, pero que tienen más tradición organizativa, y se diferenciaba, por ejemplo, de las asambleas de la zona norte de Ñuñoa, que son asambleas ciudadanas o como les decimos acá, los *apruebines.*

La Asamblea Villas Unidas son todas las poblaciones que están en Avenida Grecia. Tiene una plaza bien grande al medio, que es el lugar donde nos juntamos. Esa plaza era conocida como la Plaza del Niño Volador porque era un sector tomado por los narcos; cuando empezamos a reunirnos allí, fuimos conversando y empezaron a salir algunas historias sobre el origen de esta plaza: según los vecinos, esta plaza en realidad se llama 4 de Septiembre, en homenaje al triunfo de la UP.

Mario: ya que previamente tenías experiencia en educación popular y desde ese campo también se generaron iniciativas de apoyo a las asambleas. ¿Cómo fue el intercambio entre esos espacios?

Daniel: A mí siempre me tocó estar un poco en ambos espacios porque cuando empezaron a multiplicarse las asambleas por Santiago, nos empezamos a dar cuenta de que éramos gente medianamente conocida. Es decir, éramos los mismos de siempre pero ahora estábamos en nuestros territorios levantando asambleas. Eso para mí fue súper significativo. La primera vez que fui a una reunión de la Coordinadora de Asambleas Territoriales (C.A.T.) – en su segunda convocatoria- me impresioné mucho de ver esa cantidad de gente reunida y que, además, conocía a muchos de los que estaban allí. Y aunque todos íbamos en nombre de nuestras asambleas, uno vuelve a reactivar esas redes en función de lo que sabe. Entonces empezó a darse un proceso interesante, por ejemplo, de tráfico de saberes: si entre las redes que uno tiene, había un abogado, entonces ese abogado empezó a hacer un tour por asambleas haciendo talleres sobre el proceso constituyente. Después, si en tu red había alguien que sabía tecnología, hacía talleres o instruía cuestiones en materia de seguridad para que no te *hackearan* el teléfono, y así. Yo entré a esa red como educador popular y entonces me di cuenta de que me conocían en muchos lados desde esa función.

Todo ese tiempo, entre octubre y enero, fue una locura porque todos los días llegaban correos de diferentes actividades y territorios, varios de ellos pidiendo ayuda o apañe que podía ser desde *"Dani, ayúdame a pensar sobre cómo hago un taller de este tema", o "no sabemos cómo resolver este conflicto interno en la asamblea", o "¿puedes venir a hacer un taller sobre el tema?"* Ahí terminé operando con todas las "figuras legales" que tenía. A veces ni siquiera hablaba con toda la asamblea,

sino que sólo con las comisiones de educación, porque aparecieron varias. Y a veces también iba mandatado por mi propia asamblea a algunos de estos espacios, iba como educador y me metía a las comisiones de educación o de metodología. Así, por ejemplo, llegué a la C.A.T. También en ese momento se activó nuevamente la ACES, e hicimos un vínculo de apoyo más grande allí a partir de que mi hijo estaba presente y participando activamente, entonces no hubo un espacio en específico, sino que más bien hicimos todo lo que se podía hacer en ese momento.

Muchos de esos acercamientos ni siquiera requerían ir a los territorios, sino que como ya nos conocíamos de hace mucho tiempo, casi siempre era más un cruce de información. Yo siento mucho que uno estaba en situación de asamblea permanente, 24/7. Y como las actividades en las universidades pararon, uno efectivamente podía dedicarle todo el tiempo. También pasaba que, si uno no se encontraba en el territorio, se encontraba en Plaza Dignidad. Allí mismo se armaron pequeños sectores: si uno quería "ir al choque", sabía en qué esquina tenía que colocarse. Había otros lugares de descanso, hacia el puente Pío Nono, porque allí estaban los lugares para comer, tomarse una cerveza o descansar un rato. Si uno quería ir a ver el show, podía ir hacia el sector de Providencia o si quería juntarse a conversar también había algunos sitios estratégicos en la misma plaza. Entonces dependía en qué lugar de la plaza estabas y te podías encontrar con más gente en sintonía. Si querías encontrarte con los sectores más organizados, uno tenía que irse hacia el GAM. Entonces, ese espacio también era una asamblea permanente y ahí uno se ponía al día rápidamente, sabía en qué estaban los otros y establecía contactos.

Daniela: En esa intuición, a priori, de esas solicitudes o de ese tráfico de saberes que describes, ¿recuerdas alguna tendencia en especial? Cuando decías, por ejemplo: problemas que se presentaban dentro de las asambleas, ¿había un taller específico que haya sido más demandado o algunas temáticas en específico que tu pudieras señalar? ¿O fue absolutamente diverso el mundo de necesidades que empezaron a manifestar las asambleas?

Daniel: Depende mucho de la etapa, pero había algunos que eran súper evidentes. Hay uno que a mí me tomó un poco por sorpresa : al momento que armamos la asamblea en mi población, yo, muy en la dinámica del educador popular, me hice cargo de coordinar y facilitar las primeras asambleas. Y ahí uno, evidentemente, le imprime el sello que tiene y mi sello era el del diálogo, que funcionáramos por acuerdos comunes. Eso hizo que a muy poco andar en mi asamblea se instalara esto como una práctica incuestionable: éramos una asamblea que no votaba, en la que todo se decidía por acuerdo. Y eso se empezó a construir de a poco: primero, comíamos juntos y luego, discutíamos las ideas entre las comisiones, que funcionaban también de forma muy abierta. Entonces era una dinámica de trabajo que para mí era muy común porque son las mismas dinámicas de trabajo de la educación popular. La mayor resistencia que uno podría haber encontrado en esta población en particular, podría haber venido precisamente de la gente más joven, porque esa camada de universitarios siempre es muy radical en el discurso. En cambio, acá llegaron y lo primero que encontraron fue una asamblea que funcionaba a partir de la democracia directa de verdad, y no tenían nada que alegar.

Para los vecinos y vecinas más viejos, esto era de verdad una novedad impresionante, porque era primera vez que estaban en una orgánica que no tenía dirigencia. Entonces, muchos de ellos al comienzo me trataban a mi como el líder, incluso algunos me pedían permiso para hablar. Allí uno empieza a desmontar esas cuestiones y finalmente se formó una instancia que de verdad funcionaba bajo democracia directa. Además, en este sector, que tiene baja tradición organizativa, teníamos

muy poca presencia militante o partidista y eso hizo que la asamblea de verdad funcionara muy bien.

Esto empezó a correr como un rumor y a muy poco andar y de diferentes asambleas, nos empezaron a contactar por esto. Sucede que en otras asambleas era muy difícil llegar a acuerdos y casi siempre era porque hay una escuela de "pasar máquina", sobre todo con los militantes, independiente del partido que sean. Entonces, los primeros contactos que yo empiezo a hacer, muy desde la cercanía o desde la amistad con algunas personas, tenían que ver con eso; con la curiosidad de saber cómo lo hacíamos para poder decidir colectivamente y no repetir el cuento de la democracia de base sin que fuera una práctica real. Porque pasaba mucho eso de que se daban discusiones eternas que al final terminan desgastando, donde los vecinos más viejos se van porque no les interesa esa discusión, sino más el trabajo práctico. Entonces ése fue el primer saber que se instaló como necesidad y que reconocí transversalmente. De hecho, trascendió rápidamente a los espacios de coordinación; o sea rápidamente la C.A.T. se enfrenta con el mismo problema, rápidamente la CAÑU -que es la coordinación de asambleas de Ñuñoa- también. Donde se presentó menos en este territorio fue en el Cordón Grecia, porque el Cordón Grecia era una articulación pensada para la acción y no para la discusión. Ahí se reconocía esta tradición organizativa de Avenida Grecia, donde la clave era tener cortes de calle desde Villa Olímpica hasta lo más alto de Peñalolén. Por eso, ahí no había mucho que discutir porque todos sabíamos que el Cordón Grecia no era para eso, sino para accionar. Y por eso el cordón sigue funcionando muy bien y ya tiene una vida activa mucho más grande que la CAÑU, por ejemplo.

Para cerrar esta idea, nos empezamos a dar cuenta tempranamente que las dinámicas internas eran muy diferentes entre las asambleas que vienen de territorios con tradición organizativa de aquellas que venían de territorios donde eso se había perdido, como era mi población. Pero también nos dimos cuenta de que no necesariamente tener tradición organizativa implica mayor capacidad de democracia directa porque, en esos territorios, eliminar esos vicios es mucho más difícil porque muchas veces esa tradición organizativa se mantiene justamente por la militancia partidista. Y aunque la militancia es muy operativa y práctica, no convoca a los nuevos vecinos y vecinas que se sumaron después del 18 de octubre. Muchas veces las asambleas nuevas se sentían que no tenían ninguna experiencia previa y para ellas era mucho más fácil meterse en esta dinámica de la democracia directa u ocupar herramientas de la educación popular porque, en el fondo, significaban una novedad para sus territorios y eso lo valoraban mucho. Y ahí también se me cayeron varias proyecciones que tenía en torno a que tan favorable es mantener algunas tradiciones organizativas y no cuestionarlas. Porque claro, todas esas asambleas tenían capacidad de respuesta y tuvieron respuestas inmediatas después del 18 de octubre, pero eso no necesariamente es un indicador de que a la a larga vayan a tener mayor nivel de participación, ya que tiende a pasar que yéndose los vecinos que se sumaron en esta revuelta, se queda el activo político de siempre. Y acá eso no pasó: hubo una renovación de gente, pero con una cantidad estable de vecinos y vecinas que no habían participado de ninguna instancia organizativa los últimos años y que se quedaron porque era algo completamente nuevo. Ése fue el primer saber que aparece: el saber tomar decisiones colectivamente.

Mario: Estas dificultades en la forma de organizarse, de tomar las decisiones, etc., ¿tú pudiste apreciar si era más generalizada? ¿O que también comprometía a otras zonas de Santiago?

Daniel: Sí claro. Esto es transversal. En todos los lugares con los cuales tuvimos contacto pasaba un poco lo mismo. Como les decía, mi relación con las asambleas tenía que ver con todas estas figuras

que yo ocupaba; mi condición de académico, como educador popular, en Trenzar, etc., y por eso pudimos tener un mapeo más general de lo que estaba pasando en un montón de asambleas. Y sobre todo después que se hizo un primer ejercicio de la C.A.T. donde yo participé en la comisión metodológica, ya teníamos un paneo de cómo estaban funcionando más de 100 asambleas.

Con Caracol alcanzamos a hacer en el mes de enero del 2020, dos escuelas de formación para asambleas territoriales donde participaron 15 asambleas de Santiago y casi 20 asambleas de Valparaíso y el problema es el mismo en todos los territorios. Los problemas se repiten y hay algunos territorios en los que tenemos mayor reflexión acumulada como movimiento popular –yo creo-, pero hay otros que por mucha reflexión que tengamos parece que no hemos avanzado mucho en la solución.

Con respecto a estas problemáticas internas, sí teníamos mayor respuesta. Independiente de que la situación era nueva porque nunca habíamos vivido un proceso asambleario a nivel regional de esta magnitud, a mí se me hizo mucho más claro que la lectura freireana del "anuncio" de la realidad (o de la "prefiguración", como le llaman los argentinos), este ensayo en chiquitito que hemos hecho de una nueva realidad que queremos construir, sí servía; porque yo tenía un montón de experiencias previas que podía compartir con la gente de las asambleas; de cómo resolver conflictos pequeños a partir de experiencias súper concretas. No en este escenario, pero incluso en un escenario que era peor, que era el del pre-estallido. Entonces, ahí nos dimos cuenta de que sí teníamos algunos elementos para compartir. Y para la otra dimensión, que también estaba muy presente, empezó a parecer que tenía que ver con cómo generar instancias de autoeducación en las asambleas o cómo pensar a la asamblea como un espacio auto-educativo. En esos dos problemas también teníamos harta experiencia acumulada, entonces podíamos aportar un montón de cosas. Y básicamente yo no estaba planteando nada nuevo: cada vez que hacía un taller, una charla, un apoyo metodológico, estábamos diciendo lo mismo que veníamos planteando hace un montón de tiempo. Muchos de los espacios de formación o de capacitación que hicimos para asambleas era básicamente ocupar un par de categorías de Freire y después metodologías participativas que nos habían servido en el trabajo territorial y que son las mismas que viene trabajando, por ejemplo, ECO desde los 80. Lo nuevo sólo era nuestra capacidad de resituarnos en el territorio específico en el que estaban las asambleas, y ese diagnóstico lo hacían las propias asambleas y en base a eso les aportábamos algunas metodologías para poder funcionar más fácil o para poder resolver o destrabar algunos conflictos. Entonces ahí nos dimos cuenta de que sí servíamos. En mi caso, en particular, me di cuenta que estos 20 años de dar vuelta por organizaciones de educación popular, sí me servía para responder al momento. Siento que ahí fuimos muy útiles.

Ahora, después siguieron apareciendo otras problemáticas en las que reconozco que no tenemos mucho que aportar y que son desafíos a los que les hemos hecho el quite históricamente. En estos últimos 30 años no nos hemos sentado a discutir seriamente sobre qué hacemos con algunos problemas nuevos que están emergiendo, sobre todo en el campo de algunas organizaciones populares de base, en el campo de las organizaciones poblacionales y en el campo de las organizaciones de educación popular: que es básicamente el tema de la articulación y el de la representatividad.

Mario: Podrías nombrar más específicamente ¿cuáles son esos problemas nuevos?

Daniel: Al menos los que yo diagnostiqué son tres: el problema de la articulación, el problema de la representatividad y un tema emergente y externo a la asamblea, que es el tema de los tiempos. O

sea, la imposición de la agenda del gobierno que obliga a las asambleas a responder rápidamente a los golpes concretos que nos están dando. Eso se hizo muy evidente, por ejemplo, en la C.A.T. y después se hizo evidente en la CAÑU, la coordinadora de Ñuñoa, porque -al menos en mi impresión- cuando se empieza a articular la C.A.T. había algunos que ingresaron básicamente porque era lo que había que hacer, es decir, había que articularse entre asambleas, pero la pregunta era ¿para qué? Hubo gente que esperaba que la C.A.T. fuera una especie de gran articuladora de movilizaciones y que rápidamente se instalara como un interlocutor legítimo dentro del debate nacional y le pudiera hacer el peso a Unidad Social. Yo, en mi condición de militante social, es lo que aspiraba: esperaba que la C.A.T. se transformara pronto en un actor medianamente legitimado y que pudiera golpear la mesa, pero el Daniel educador popular decía que no, que la C.A.T. tenía que servir para lo que la gente quisiera y necesitara. Y lo que yo logré recoger a partir de ese primer gran encuentro de la C.A.T. que sistematizamos, es que había una gran necesidad de poder contar lo que se estaba haciendo, de compartir experiencias concretas que venían desde la base porque, para decirlo en fácil, para muchas personas ésta era la primera vez que vivían una instancia de organización sociopolítica en este contexto neoliberal y para muchos otros, la última experiencia fue en los 80. Entonces, saber resolver algunas situaciones concretas era una necesidad básica y cuando alguna asamblea lo sabía hacer o lo había resuelto bien, obvio que quería compartir eso y el resto de las asambleas que no sabían cómo resolverlo, obvio que querían escuchar una experiencia concreta. No a un académico ni a la vanguardia, sino a otro compañero o compañera que se los explicara en fácil: *"así sacamos a los narcos de la plaza"; "así se arma una red de abastecimiento"; "así se corta una calle y no te pillan los pacos"*… puras cosas concretas.

Ahora, en esa dualidad, el Daniel militante decía: *"perfecto, pero nos vamos a quedar abajo de todas las discusiones a nivel nacional"*. Y allí uno tiene que tomar la decisión. Y, frente a eso, yo siento que muy temprano la C.A.T. se dividió en dos grandes equipos: los que querían que la C.A.T. se transformara rápido en esa maquinaria que respondiera a los golpes del gobierno y aquellos que dijimos *"no, las asambleas siguen su ritmo y si el proceso constitucional nos pasa por arriba tendrá que ser no más…",* porque la formación del sujeto político popular es una tarea más larga y si la podemos resolver bien hoy día capaz que después terminemos ganando. Pero hubo que decidir por cuál línea uno se iba y eso también generó un montón de tensiones, como en todos los espacios, porque uno sabe que detrás de esto -en las sombras- están todos los grupos políticos que uno conoce: los más o menos buena onda, los con más o con menos cara de partido y, aunque en la primera etapa nadie se mostraba los dientes, sino que todos querían llegar a un acuerdo más o menos rápido y seguir el tranco del pueblo, a poco andar empezaron a sacar los dientes y creo que eso empantanó mucho el trabajo de la C.A.T. y el de otras coordinadoras más pequeñas.

Yo recuerdo que la última instancia de la C.A.T. en la que participé fue el primer plenario que se hizo en pandemia y para mí fue muy fuerte lo que pasó, porque la C.A.T. tenía un par de conflictos muy grandes que se habían desatado las últimas semanas en sus comisiones internas, relativos a la militancia partidista de algunas personas y otros por situaciones de violencia de género, y todas las dirigencias pensaron que esos serían los temas que se iban a discutir, pero lo que se conversó, por parte de las 50 asambleas que llegaron, se centró en dar testimonio de lo que las asambleas estaban haciendo. De hecho, creo que ése fue el mejor momento del plenario, porque efectivamente creo que era lo único que uno quería escuchar en ese momento: que las asambleas seguían vivas y que estaban resolviendo -en lo concreto- el problema del hambre, del abastecimiento, el problema de mantenerse coordinados a pesar de la pandemia, cómo resolver el uso de la tecnología, cómo enfrentar la represión para las que se estaban atreviendo a salir a la calle (la mía, por ejemplo, estaba saliendo nuevamente a la calle). Esas cosas queríamos resolver. No queríamos resolver los

conflictos de militancia que habían dentro de algunas caras visibles de la C.A.T. y su coordinación nacional. Ese tema no está resuelto porque nadie ha querido sincerarlo, yo creo. Y creo también que para los que apostamos por esta democracia de base o democracia directa más radical, debemos asumir algunas cosas. Si ese es nuestro rollo, no vamos a estar presentes en esta coyuntura constitucional, toda esta coyuntura que hoy día se está comiendo los medios de comunicación. No vamos a tener posición frente a eso porque no es nuestro tema y es parte del sacrificio que hay que hacer.

Mario: Tu hipótesis es que tal cual se fueron desarrollando las asambleas y debido a que se debilitaron un poco con la pandemia, las asambleas no van a tener un rol tan relevante en el plebiscito. ¿Es eso?

Daniel: Lo que alcancé a percibir de la discusión de la CAÑU (la coordinadora de asambleas de Ñuñoa) creo que es bien simbólico de lo que ocurre a nivel nacional. Sobre todo, porque Ñuñoa tiene ciertas contradicciones medio agudizadas y hasta caricaturizadas, como esta misma división que hago entre *Ñuñork* y *Ñujersey,* que en el fondo es una diferencia de clase: entre una clase media que vive de Irarrázaval hacia el norte y la clase trabajadora que vive de Irarrázaval al sur. Esa división derivó en otra división muy temprana, que partió con los inicios de la CAÑU, entre los que creían que de verdad las asambleas y la CAÑU eran una plataforma electoral para el Apruebo y los que creían que las asambleas eran un órgano de expresión de poder popular y territorial. Para mí fue súper impactante llegar a la primera reunión de la CAÑU, a la que fui invitado para aportar con metodología para el primer gran encuentro de las asambleas de Ñuñoa. Me impactó porque eran 10 personas -representantes de distintas asambleas- pero yo me sentí como volviendo al CONFECH, como volviendo a una asamblea universitaria, porque sentí que estaban claramente alineados por diferentes sectores, diferentes partidos y todos hablando un lenguaje muy tecnocrático, de politólogos, hasta que de repente alguien dice: *"¿y quién es ese famoso Daniel Fauré?"*. Yo levanté la mano y me presenté, y esta persona me replicó: *"¿Te das cuenta de toda la publicidad que te hicieron?"*, como diciendo que, si no resolvía los conflictos en ese día, me acusarían de publicidad engañosa. Ahí básicamente les expliqué que lo que hace un educador popular no es decirle lo que tienen que hacer, ni decirles cómo resolver el problema, sino ayudarlos en un camino que les permita generar las condiciones suficientes para poder discutir y llegar a acuerdos. Bueno, hicimos una propuesta de metodología en 15 minutos, pero en el momento de hacerla ya era evidente para mí que la CAÑU iba a tener estas dos corrientes y la pregunta era: ¿cómo generábamos un encuentro para que la primera corriente –que creía que esto era una plataforma- no se comiera a toda la segunda corriente –que es la que tiene menos posicionamiento frente a la coyuntura y que es la que está planteando el fortalecimiento territorial-? Y fue tan evidente, que los resultados de ese primer encuentro fueron casi un 50 y 50 entre aquellos que decían que la CAÑU tenía que ser la plataforma electoral para levantar constituyentes y los que decían que esto era específicamente para el fortalecimiento de una nueva forma de poder territorial. Ahora, la diferencia de ese encuentro es que, por primera vez, los que iban por la línea del Apruebo no consideraban que lo que estaban planteando los otros era una locura *basista* e ingenua y los segundos no consideraban que los *apruebines* eran simplemente una plataforma partidista electoral. O sea, logramos que se encontraran en un espacio común asumiendo que eso no lo íbamos a resolver ahí y que era válido que algunas asambleas fueran por la línea del Apruebo o por la línea de los constituyentes, pero que si de verdad querían participar de una coordinadora comunal, tenían que asumir la diversidad territorial que tenían y sobre esa diversidad se levantaba la CAÑU.

Además de eso, hay que señalar que las reuniones de la CAÑU (antes de la pandemia) eran los viernes a las 21.30 horas, ya que era el único día que no teníamos reuniones y eran a esa hora porque habíamos muchos que los viernes íbamos primero a Plaza Dignidad. Entonces, volvíamos mojados y gaseados a escuchar que un sujeto nos dijera que la apuesta era la construcción de un nuevo partido para la disputa del plebiscito, mientras yo venía apaleado por los pacos…

Hubo una división muy radical y caricaturesca en Ñuñoa que yo por lo que he visto y desde mi experiencia, se repite a nivel nacional. O sea, las asambleas son una figura organizativa, pero no están asociadas a una postura política común. Eso nos costó mucho entenderlo, porque para los que veníamos del mundo de la educación popular o de las organizaciones de base populares, decir asamblea es decir poder popular: capacidad de nosotros como clase popular de resolver nuestras necesidades e intereses de forma autónoma. Eso es una asamblea. En cambio, para los otros sectores más vinculados a la militancia partidista, las asambleas son el frente de masas que valida tus decisiones. Y allí nos dimos cuenta de que cuando decíamos "asamblea", estábamos pensando en dos cosas diferentes.

Por eso hay comunas donde eso se resolvió más fácil, por ejemplo, en Providencia… porque en Providencia tú llegas y te preguntan al tiro: *"- ¿Cómo te llamas? – Cabildo – Ah, ya.. son apruebines".* O *"- ¿Cómo te llamas? – Asamblea – Ah, tienen un rollo más de base".* Sobre eso mismo, en Ñuñoa hay una asamblea que es muy potente, que es la Asamblea de Plaza Lillo (al norte del Estadio Nacional). Ellos se llamaban Cabildo Plaza Lillo, pero después se dieron cuenta de que ideológicamente eran más cercanos a las asambleas y comenzaron un debate para ver si se cambiaban el nombre o no y no lograron resolverlo, entonces se llaman Asamblea Cabildo Plaza Lillo. Es interesante porque creo que ellos se dieron cuenta de que ninguno de los dos grupos logró la hegemonía y decidieron convivir y por lo tanto hacen campaña para el apruebo, pero tienen una red de abastecimiento territorial muy eficiente, tienen actividades culturales territoriales muy potentes y eso quiere decir que conviven bien, pero en otros territorios no.

Kike: O sea, tú dices que en las asambleas convergieron diferentes culturas políticas y que cada territorio fue el ejemplo de que cómo esas culturas compitieron y compiten hasta el día de hoy

Daniel: Claro. Y ahí nos dimos cuenta de que no tenemos teorización de lo que implica el asambleísmo en Chile y que los que apostamos por el asambleísmo como una forma de poder popular y de democracia directa, nuestras referencias teóricas son todavía del año 72.

Mario: Como que me bajan dudas sobre cuántos matices habría que hacer a esta distinción porque por ejemplo, yo estuve en la asamblea de Guillermo Francke y efectivamente me preguntaron si lo que había que hacer era convertirse en partido. Yo creo que les dije que no me parecía, pero sin tener ni una idea de que esto era una discusión más de fondo. Y por ejemplo, ellos tenían comisiones de trabajo y era una asamblea potente porque yo fui un día domingo en la mañana y habían más de 100 personas y yo conversé con las coordinadoras y ya estaban como en la 8va sesión y tenían estas comisiones de trabajo: de derechos humanos, feminista, pensiones… entonces, había también una deliberación muy interesante. Yo les dije que me parecía fundamental porque me parecía una deliberación programática, más allá de que tuvieran una lógica electoral de trasfondo, estaban construyendo un programa desde las propias bases y eso me pareció muy interesante. ¿Cómo ves tú esos matices?

Daniel: Diría dos cosas con relación a eso: Yo hago la distinción entre la línea de los *apruebines*, que están preocupados de gestionar cómo salir en la caravana de autos con la banderita del apruebo, más que de los problemas del territorio. Hago esa distinción porque es súper caricaturesca y me permite explicar la tensión, pero evidentemente, al interior de cada asamblea eso tiene un montón de matices. Por eso, con relación a lo mismo que dices, me parece súper importante diferenciar cuando una asamblea tiene estas comisiones y esta discusión -que claramente es programática-, pero pensada para la discusión política nacional a cuando es una discusión interna con comisiones de trabajo que están enfocadas en la construcción del poder local.

Porque en el fondo, en muchas de esas asambleas tienen estas discusiones porque sienten que deben tener una voz para el proceso constituyente y las otras asambleas sienten que esta discusión la tienen que dar, por ejemplo, a través de las comisiones de género o de abastecimiento, porque hay problemas concretos en el territorio, de violencia de género o porque hay problemas por falta de alimento. Entonces, el horizonte político de transformación para algunas asambleas sigue siendo el proceso nacional. Y en esos casos, que se hayan juntado territorialmente tiene que ver sólo con una división administrativa, pero no con esta cuestión más identitaria que yo siento que tienen otras asambleas donde, en el fondo, tu división territorial es más importante porque es el lugar específico donde vas a materializar esa transformación.

Lo planteo porque yo sé que en este segundo grupo hay cosas que serían inaceptables y que ocurren en otras asambleas, como cambiarse de asamblea. O sea, yo conozco personas acá en Ñuñoa que se han cambiado tres o cuatro veces de asamblea porque son echados de algunas o porque consideran que la línea política de la asamblea no es la que ellos quieren y se van a la de al lado. Eso es un mercado de micro partidos políticos. Acá no sería aceptable que alguien se cambiara de asamblea a menos que se cambiara de casa, porque la construcción territorial tiene ese vínculo. De hecho, conozco gente en otras asambleas que si se cambian de casa seguirán participando en su asamblea de origen porque entienden que es el territorio donde se pueden generar esos cambios.

Mario: De acuerdo, entiendo la distinción, pero esta distinción toma forma distintas dependiendo de los sectores sociales tal vez… por ejemplo, esta misma distinción en Pudahuel o Conchalí, ¿Tú percibes que también se ha dado? Y si se ha dado ¿tiene otra forma u otros matices?

Daniel: Lo que yo he percibido de otros territorios que no sean Ñuñoa es que la forma de resolver eso por parte de las asambleas ha sido menos caricaturizada que en Ñuñoa. Por ejemplo, hay asambleas poblacionales que vienen de territorios con una identidad popular muy fuerte y tienen dentro de su asamblea sectores que quieren hacer campaña por el apruebo o enfocarse en el proceso constitucional, y todo bien, pero eso no divide el espacio asamblea. A nosotros también nos pasó, porque hay un montón de vecinos y vecinas -y que uno entiende por su propia tradición política- que consideraban que el hecho de que no estuviéramos participando de la campaña por el plebiscito era una aberración, porque habían luchado en contra de la dictadura y… en fin. Recuerdo de esas discusiones pre-pandemia, que muchas asambleas que veníamos de esta línea más territorial dijimos: “nuestras asambleas no se posicionan frente al tema”. Y no porque no tengamos una posición, sino porque no es la prioridad, por lo tanto, no vamos a gastar el poco tiempo que tenemos en discusiones que de verdad no impliquen una transformación concreta para el territorio. Entonces, si hay vecinos que quieran hacer campaña por el Apruebo, que la hagan, incluso si quieren ocupar los logos de la asamblea, bien. Pero que se entienda que no es la discusión prioritaria de la asamblea.

Porque hay que considerar un problema super concreto, que es el tiempo: si nos juntábamos a las 19.00 horas y teníamos 3 horas para zanjar todos los temas, ¿cuánto tiempo teníamos para discutir sobre lo que se discutió en la C.A.T.? Tuvimos entonces que empezar a hacer un filtro de los temas que realmente eran relevantes para discutir en la asamblea. Y estuvimos de acuerdo en que si había un tema importante a discutir, por ejemplo, sobre la red de abastecimiento y al mismo tiempo hay que tomar una decisión sobre el plebiscito, vamos a priorizar lo primero.

La última actividad que hicimos en mi asamblea, justo antes de la pandemia, fue precisamente un conversatorio donde invitamos a Sofía Brito, una abogada constitucionalista y feminista y fue muy clarificadora porque precisamente como ella viene justamente del mundo de la educación popular, viene de la militancia por fuera de los partidos de la izquierda tradicional, viene con esta sensibilidad, pero entiende bien el lenguaje técnico-legal. Entonces, fue muy potente cuando le pudo explicar a mi asamblea que había que participar de este proceso, pero no del tongo y si somos capaces de cambiar, después del apruebo, la figura de la convención constitucional por la de una asamblea constituyente de verdad eso sólo se va a lograr a partir de que repitamos una jornada como la del 18 de octubre. Entonces, ahí como que se generó un consenso de nuevo de que la participación no cambia nada de nuestra agenda interna y de hecho no elimina la posibilidad de un segundo 18 de octubre. Al contrario, debiéramos tener un nuevo 18 de octubre que fuerce a cambiar este tongo constitucional por una asamblea constituyente.

Mario: ¿qué mirada tienes sobre las demandas que se fueron constituyendo en las asambleas?

Daniel: Quizás una de las primeras necesidades que aparecen en la asamblea -y que creo que marca ya una diferencia o una distancia entre estas dos corrientes asamblearias que yo he caricaturizado un poco-, tiene que ver con cómo cuidarse frente a la represión. ¿Qué hacer frente a la represión? Porque si bien para muchos esto era un fenómeno extendido y que estaba ocurriendo en todos los lugares, no podemos olvidar la distinción de clases que tiene la represión: tengo amigos y amigas muy cercanas en asambleas, por ejemplo, de acá, de Ñuñoa, que cuando todo esto se calmó un poco y empezamos a contar lo que fueron los primeros días en nuestros sectores, contaban que la represión para ellos fue una patrulla que se instaló al frente del edificio. En cambio, la represión de acá eran balazos, era totalmente diferente. Yo nunca había visto la cantidad de lacrimógenas que nos lanzaban acá (y con esta estrategia nueva de Carabineros de lanzar las lacrimógenas a los techos para generar incendios), los avances en la noche de la policía con las luces apagadas para meterse entre los edificios y hacer encerronas a los que estábamos en Avenida Grecia, o los balazos desde autos de civiles. Porque acá la represión tenía, en el fondo, tres turnos. Acá, las dos primeras semanas, y que fueron las más intensas en términos de represión, llegaba la primera represión de la noche que la hacían los pacos, que llegaban a gasear todo, con muchos disparos de lacrimógenas al cuerpo; después, venía la de los milicos, en la primera guardia, y la tercera -que ya era entre las 2 y las 4 de la mañana- podía ser de Carabineros, de la PDI o de autos sin patente que llegaban disparando. Y allí nos dimos cuenta de que lo primero que necesitábamos era incluso poder conocerse, para saber qué hacer si es que a alguno lo baleaban. Esa cuestión fue bien impactante. De hecho, en mi población durante los primeros días anduvieron dos periodistas de un medio inglés que se llama *The Guardian* y andaban justo acá reporteando, entrevistando a personas en diferentes cortes de calle, desde mi población hasta Lo Hermida, y justo cuando estaban grabando en la plaza 4 de septiembre paró un auto de la PDI, bajaron los vidrios y empezaron a disparar a los vecinos que estaban en la plaza. Ese episodio quedó grabado por estos periodistas.

Al otro día tuvimos una asamblea para ver de qué manera podíamos protegernos, ésa era una temática clave y urgente durante esos primeros días: establecer puntos de seguridad, saber por dónde arrancar, cuidarse de los vecinos y vecinas que estaban denunciando, recomendarle a los vecinos cómo taparse porque también había mucha vigilancia, mucha cámara, mantener las llaves de los diferentes portones de los blocks para poder abrir en caso de… ésas fueron las primeras necesidades básicas que tuvimos que cubrir. Y el primer cabildo fue muy lindo porque discutimos la nueva Constitución, pero se acabó ese punto y tuvimos que pasar al siguiente, que trataba de cómo hacíamos propaganda y cómo nos cuidábamos de los pacos.

Yo tengo súper presente un recuerdo. Como habíamos perdido el respeto a los militares –era una generación nueva la que estaba en la calle- cuando instalaron el primer toque de queda, siempre nos quedábamos en la calle un ratito después del toque de queda como provocación. Ese ratito se fue alargando cada día hasta que, en los últimos días del toque de queda, acá se pasó de largo: la gente hizo un carrete en Avenida Grecia y cuando pasaban los milicos, los chiquillos ni siquiera se corrían, porque ya estaba todo desatado en ese momento y porque se insistía en provocar a los milicos. Pero recuerdo que el segundo o tercer día, llegaron los milicos y no alcanzamos a arrancar. Habitualmente, soy de los últimos que cierra el portón de mi block para que no entren, entonces me quedé rezagado y ahí me di cuenta de que no alcanzaba a correr desde el portón hasta la escalera del edificio. Corrí igual y vino un milico y me hizo el seguimiento con el fusil apuntándome desde entre medio de la reja, y de pronto, quedamos de frente. Ahí yo pensé: "*¡Mierda! Esta cosa es seria*". En ese momento me di cuenta de lo serio que era.

Más aún, sabíamos donde estábamos también. Porque este sector les daba un poco lo mismo; de hecho, ni siquiera teníamos grabaciones. Yo sé que, en otras poblaciones más organizadas como la Villa Olímpica o la Villa Frei, cualquier protesta que hay, hay como 20 celulares grabando. Aquí nadie se preocupaba de grabar, si estábamos todos en la acción misma, entonces nadie iba a tener un registro si es que a alguien le pasaba algo. Entonces, esa fue la primera cuestión a resolver: represión, ¿cómo la enfrentamos?, ¿cómo nos organizamos para hacer el corte de calle, para guardar los materiales necesarios o dónde ir a buscarlos?, ese tipo de cosas.

Después, ya empezó el tema de las comisiones, que se armaron muy rápido, y todos esos problemas lo asumió la comisión de movilización o la comisión de seguridad, que fueron algunos nombres que tuvieron en las diferentes asambleas. De ahí, empiezan a salir otras comisiones, que son las de educación o formación, y acá hubo otra que se levantó muy rápido -y que en otros lugares tuvo otros nombres- que fue la de fortalecimiento territorial. En el fondo, trataba sobre qué actividades se pueden hacer para que esta organización se transforme en algo concreto y que nuestros vecinos y vecinas puedan ver algún tipo de cambio. Desde ahí surgieron, entre las primeras ideas, los huertos y las redes de abastecimiento, que empezaron antes de la pandemia incluso, lo que fue un golazo de media cancha. Y también las comisiones de cultura, muy importantes porque se asumía que era tan grande la campaña que teníamos en contra, no sólo por parte del gobierno sino por la represión, que si no nos ganábamos el territorio, estábamos fritos, porque siempre al día siguiente de que quedaba la cagada con los pacos y los milicos, venían las discusiones con algunos vecinos, ya que ¿a quién culpaban de que la población estuviera pasada a lacrimógena, por los vidrios rotos o por el cacerolazo a las 3 de la mañana? Nos culpaban a nosotros. Entonces, se empezó a generar mucho conflicto y discusión con los vecinos y vecinas. Además, acá los semáforos no duraban nada, acá en Avenida Grecia sacamos todas las rejas de contención -que hasta el día de hoy no se reponen- para barricadas y obvio que eso nos traía mucho roce con algunos vecinos, sobre todo con los nacidos y criados aquí, y nadie quiere discutir con una señora de 60 años que defiende el semáforo… De

hecho, tuvimos que tomar algunas decisiones sobre si se quitaban o no los semáforos o las señaléticas, sobre donde se prendía la barricada o si cuando se tomaba la calle se dejaba una pista abierta o no -porque cuando se cerraba completa la calle por lado y lado esto implicaba que la represión era más fuerte y más rápida, y además generaba peleas con los automovilistas-. Así que había que decidir sobre todas esas cosas, mientras la comisión de cultura organizaba actividades grandes para la comunidad.

Mario: ¿Cómo surge la C.A.T.?

Daniel: La información que tengo es que, durante esos primeros días, uno estaba muy preocupado de su propio territorio y yo en particular estaba muy metido en mi asamblea y en estos talleres que estábamos haciendo en diferentes lugares. Sin embargo, a mí me dio mucho esa sensación de que, tarde o temprano, los grupos más organizados tenían que levantar la primera coordinación. Entonces era una cosa de días para que apareciera hasta que, en un determinado momento, nos llega una convocatoria desde el Barrio Yungay a una reunión para ver de qué forma se podían articular las asambleas. A mí no me llegó la información de la primera reunión, pero sí a la segunda y que es en definitiva a la que me integro mandatado por mi asamblea. Allí en ese espacio habría unas 120 personas que venían a su vez de unas 40 asambleas más o menos.

Kike: ¿En qué fecha fue eso? ¿Todavía no estamos en enero, cierto?

Daniel: No, eso fue al comienzo, muy temprano. No tengo la fecha en este momento, pero tiene que haber sido la primera semana de noviembre. Y ahí yo no me había querido meter mucho porque estaba muy concentrado entre los talleres y mi propia asamblea, pero cuando llegué a la reunión y vi quiénes estaban dirigiendo la reunión, supe perfectamente donde me estaba metiendo. Me acuerdo que entré y comencé a reconocer caras de gente con las que te has encontrado un montón de veces, sólo que ahora venían a nombre de su asamblea. Ahí, en un rincón, me puse a conversar de esto con otras personas: *¿cachai quiénes son los que convocan? ¿Y cachai la otra reunión?* Esto era porque llegando a esa reunión en el barrio Yungay nos enteramos de que muy cerca de allí, en el Centro Cultural El Sindicato, se estaba convocando a la segunda o tercera reunión de la Coordinadora de Asambleas Territoriales Populares, entonces la diferencia era la P de *popular*. Y obvio que por mí me hubiese ido a ésa y no a ésta que era Coordinadora de Asambleas Territoriales, a secas, pero como mi asamblea me había mandatado para ir a esta y no a la otra, me quedé en la C.A.T.

Bueno, ahí me enteré que la otra reunión estaba convocada no sólo por asambleas sino por organizaciones como el Andha Chile, donde Roxana Miranda era la cara visible de ese grupo, y habían unos partidos de izquierda también. Bueno, por eso habían logrado en sólo un par de reuniones sacar una declaración en contra de la represión, pidiendo la libertad de los prisioneros políticos, y un petitorio. Cuando supe que tenían todo eso a solo dos reuniones, entendí que era evidente que eso no lo habían hecho las asambleas de base, o sea, que era una articulación que venía con el manifiesto más o menos listo y eso generó -yo creo- que la gente que se quedó en la C.A.T. y los que asumieron un poco de su coordinación hayan querido diferenciarse mucho de ese otro proceso. Es decir, la Coordinadora de Asambleas Populares, si bien tenía un discurso que, en lo personal, era mucho más atractivo para mí porque era mucho más radical, yo sabía que en ese espacio las decisiones no se estaban tomando por las asambleas; en cambio en esta otra y quizás un poco por respuesta a ese modelo, empezaron a hacer todo lento y a veces, excesivamente lento, para que fuera todo pasado por las asambleas. Además, en esa reunión se trabajó mucho desde el

discurso de la educación popular, de las técnicas participativas, entonces también encontré que era un espacio donde uno podía de repente aportar un poco más. De hecho, las primeras definiciones que se tomaron en esa asamblea y en la siguiente de la C.A.T., se hicieron ocupando solo metodologías participativas.

Entonces, sabíamos que tarde o temprano una de las dos tenía que ganar y rápidamente la C.A.T. empezó a agrupar a más gente en la Zona Centro y Sur de Santiago mientras que la otra coordinadora sólo tenía presencia en la Zona Norte y allí, creo, que fue cuando la coordinadora se auto-disolvió y le dio la libertad a sus asambleas de poder integrarse a la C.A.T. Bueno, además de la zona Sur de Santiago, que tenía sus propias coordinaciones: La Florida, Puente Alto y Maipú levantaron sus propias coordinadoras, básicamente porque era imposible generar una sola coordinación en Santiago por el toque de queda, porque después de cierta hora ya no podías volver a tu casa, por eso se entiende que la zona sur se organizó por su cuenta y la C.A.T. quedó muy concentrada en la zona del centro de Santiago y alrededores.

A mí, en lo personal, me tincó quedarme en la C.A.T. porque me pareció mucho más interesante lo que podía venir de estos piños políticos como Solidaridad, que lo que podían proponer estos otros partidos más a la vieja usanza y de ahí la C.A.T. empieza a tomar este ritmo que siento que de tan *basista* le terminó jugando en contra porque intentó ocultar en un momento estas tensiones más político partidistas detrás de una discusión muy de base sin decir que eran los propios voceros de las asambleas los que estaban decidiendo y no las bases, y allí se anduvo empantanando un rato. O sea, pasaban muchas semanas en que seguíamos discutiendo exactamente lo mismo y que yo para intentar aportar, me metí a la comisión de orgánica pensando que podía ser estratégica, pero de ahí empezó a surgir la necesidad de la articulación y de la visibilización y me invitan a pasarme a la comisión de metodología. Y esa comisión se levantó para armar el primer gran encuentro de la C.A.T. y la gente que estaba en esa comisión un día me piden si podían reunirse conmigo para que los apañara en términos metodológicos. Entonces yo me junté como Daniel Fauré para apoyar en ese proceso, no iba en nombre de otras organizaciones sino que a nombre propio, pero al final me quedé en esa comisión porque allí había algo importante que hacer, que fue ese primer encuentro y que fue una sorpresa para todo el mundo, si nadie esperaba que llegaran más de mil representantes.

Mario: A tu juicio, cuáles serían entonces los mayores logros de la C.A.T.

Daniel: En esa etapa, como estábamos muy arriba de la pelota de la movilización, era bastante probable que esa primera actividad resultara bien, pero nunca imaginamos que tan bien. Básicamente lo que buscaba ese encuentro era una instancia de discusión y deliberación de algunos temas con la perspectiva de poder hacer un diagnóstico de los primeros temas que se venían planteando desde las asambleas, formas orgánicas, como un hito político.

Mario: ¿Esto fue el 29 de enero en la Usach?

Daniel: Si, y fue pensada como un hito de presentación de la C.A.T. Así surge, para mostrarla en sociedad, pero a medida que fue avanzando, pasó de ser un simple acto donde iban a haber oradores, música e invitados, a ser un espacio de trabajo. O sea, no íbamos a hacer venir a toda la gente de Santiago sólo a escuchar dos discursos. El rollo era aprovechar esa cantidad de gente y hacer un diagnóstico de cuáles son los principales intereses y demandas que se están planteando desde los territorios para la construcción de una agenda común para el 2020 y que surja desde las bases. Eso fue lo que instalamos como comisión y eso de a poquito comenzó a ganarle el tiempo al

encuentro y así el encuentro se fue tratando mucho menos en la presentación de la C.A.T. y mucho más en una instancia de discusión, hasta que al final terminó siendo básicamente eso, fue el primer encuentro nacional de asambleas y lo que no esperábamos que pasara era que, bueno, se esperaba que llegaran las asambleas de la C.A.T., que eran alrededor de 40 en Santiago y al final llegaron más de 100 asambleas y no sólo de Santiago, de diferentes partes de Chile. Y todas las que venían de otras partes de Santiago o de Chile, venían a eso: a un encuentro programático de las asambleas. Para mí fue una bonita sorpresa darme cuenta de que, en el fondo, cuando hablamos de encuentro –y que es muy propio de la educación popular- es el espacio donde de verdad se trabaja para llegar a algún acuerdo base, respetando las palabras y los tiempos, o sea muy en esa dinámica de democracia directa.

Mario. Ahora yo propondría avanzar al tema de la pandemia. ¿Cómo impactó la pandemia a las asambleas y la C.A.T.?

Daniel: En términos de mi asamblea, recuerdo que la última sesión presencial que tuvimos fue en marzo, cuando yo también –muy cercano a las tesis conspiracionistas- señalaba que todo esto era un gran montaje del gobierno, básicamente para sacarnos de la calle, que era imposible que nos tuviéramos que guardar. Llamé a la calma a mis vecinos y vecinas mientras me reía un poco del virus. Después, evidentemente me comí mis palabras porque lo que vino fue un terremoto; de verdad, fue un apagón de un día para otro. No lo esperábamos. Fue tema de discusión en varias asambleas eso de que cuando llegue el coronavirus, que sabíamos que iba a llegar, iba a ser algo muy débil, entonces podía ser ocupado como estrategia política por Piñera para sacarnos de la calle. Hasta que de pronto nos dimos cuenta de que era mortal y ahí vino un silencio bien grande, donde básicamente la discusión pasó a exigir la cuarentena como derecho a la vida, cosa que yo jamás imaginé que iba a exigir como demanda. O sea, eso de: *"Por favor, quiero que me obliguen a quedarme en mi casa porque si no me voy a morir*", fue algo muy brutal.
Creo que logramos resolver, en la primera etapa, traspasando las asambleas a los espacios virtuales, pero eso implicó en el fondo que dos tercios de los participantes se restaran porque empezaron a tener problemas concretos: económicos y de salud. Además, la cesantía empezó a pegar muy fuerte. Entonces quedamos reducidos a un grupo muy pequeño y operativo en que de verdad la intención era mantener viva la asamblea a una capacidad operativa real. Porque también muchos pensábamos que esto iba a durar poco, que iba a ser un mes y que en mayo íbamos a estar en la calle de nuevo, entonces muchos lo asumieron como un paréntesis y por lo mismo era mejor esperar a tener que organizarse virtualmente.

Cuando esto se empieza a alargar, obliga a que esas asambleas en pandemia tuvieran que ponerse más serias y ver qué es lo que efectivamente podían hacer, pero la respuesta fue muy débil. La iniciativa que acá tomó más fuerza -porque todas las iniciativas que tratamos de levantar en materia de salud, por ejemplo, fueron muy débiles-, la única que se mantuvo relativamente bien, fue el abastecimiento y ahí pasó que muchas otras asambleas cercanas, cuando se enteraban que la red de abastecimiento aquí había surgido antes de la pandemia, la empezaron a contactar, hacer redes, compartirse los contactos, los datos de los distribuidores, de todo para tratar de replicar el modelo. Aunque implicó una cuestión igual de terrible, que es desaparecer del espacio, del territorio. Por eso fueron tan importantes los momentos donde se volvió a salir. Que acá en este último tiempo, aparte de las manifestaciones por el asesinato de Ámbar, alcanzaron a haber otras dos grandes protestas donde se salió a la calle en pandemia.

Yo tengo pocas esperanzas de cómo esto se va a rearticular, en el sentido de que nos generamos una ilusión de que posterior a la pandemia vendría el 11 de septiembre, se reactivarían las protestas y hoy día Chile iba a estar en llamas, siendo la previa perfecta para que el 18 de octubre del 2020 guillotináramos a Piñera en la Plaza Dignidad. Yo creo que ese mito se empezó a caer mes a mes porque no nos dimos cuenta cómo esto se empezó a alargar y todas nuestras expectativas de que esto se acababa en mayo, junio o julio, se fueron desvaneciendo porque de repente llegamos a septiembre y no nos dimos cuenta cómo se pasó el año entero y ya teníamos encima la campaña gigantesca del apruebo, y toda la discusión hoy gira en torno a eso. Me llamó mucho la atención cómo a la ACES, en sus convocatorias para reunirse en la Plaza Dignidad, le llegan comentarios del tipo: *"Chiquillos, no sean irresponsables, porque tienen que cuidarse para poder ir a votar"* o *"No hagan movilizaciones porque esto pone en riesgo el plebiscito".* Pienso que es un indicador potente de lo que está ocurriendo. Por otra parte, me he puesto hoy día en la otra vereda, de pensar que no hay ningún indicador concreto que nos permita decir que tenemos capacidad organizativa para levantar un segundo 18 de octubre, más allá de los niveles de represión y de hambre. Eso me complica porque la capacidad organizativa de las asambleas está operando en su capacidad mínima y está enfocada en la subsistencia de la propia asamblea, pero concretamente no tiene mucha capacidad de incidencia a menos que se genere una nueva crisis y un nuevo ciclo de protestas que vuelvan a instalar este clima de ingobernabilidad que tuvimos desde la segunda quincena de octubre. En estricto rigor, eso no ha vuelto a ocurrir, solo ocurrió un poco con el caso de Ámbar y con el debate por el 10%. Son los dos momentos donde la asamblea volvió a salir a la calle y, ahora, después del 25 de octubre, con la victoria del Apruebo –que se va a comer todo- vamos a entrar de nuevo en una fase de desconcierto porque precisamente no debatimos ese tema, no lo teníamos dentro de la agenda, nadie se atrevió a decir que si esto había que apoyarlo o no, los sectores más críticos del proceso no levantamos la voz porque era políticamente arriesgado salir a decir que esto es un tongo, a los grupos que salieron y levantaron la cabeza para decirlo, les cortaron la cabeza en el mismo momento… por tanto, el escenario que se viene no es muy alentador para las asambleas, a menos que se recuperen en lo que sí habíamos logrado avanzar previo a la pandemia, que era básicamente legitimidad y arraigo en el territorio. Esa línea es la que se podría seguir cultivando porque uno de los límites que tenía esa línea era decir, ¿en qué nos vamos a transformar?, porque la asamblea no va a durar para siempre. En esa línea, yo les comentaba a mis vecinas y vecinos sobre el caso argentino, que después del 19 y 20 de diciembre del 2001, donde se multiplicaron las asambleas por todos lados, ninguna de esas asambleas existe hoy, o muy pocas, pero todas se transformaron en otra cosa; bachilleratos populares, centros culturales, cooperativas de trabajo, entonces les decía: "Esto tiene que decantar y va a decantar hacia algún lado". Yo no sé hacia cuál aún. Para algunos vecinos, esto puede decantar en alguna forma de poder local municipal, pero eso implica tener que meterse en la política electoral y negociar acá en Ñuñoa con la derecha; para otros, se iba a transformar básicamente en un espacio cultural, de identidad, memoria, cultura, ya que eso era lo que convocaba al territorio; y para los otros iba a ser una red mínima, similar al cordón Grecia, que permitiera activarse y tener una respuesta rápida frente a las coyunturas, para generar protestas. Creo que la segunda y tercera alternativas a mí me parecen más cercanas e interesantes, pero no pueden reducirse simplemente a la supervivencia y celebración de identidad y simplemente a la protesta; tiene que articularse en una forma de poder local que de respuestas a algunas necesidades básicas del territorio y ahí la clave son las redes de abastecimiento.

Mario: A propósito de los apruebines, ¿tú crees que esa línea se puede fortalecer en estas semanas? Es decir, hay muchas actividades en torno a la campaña por el apruebo, pero también se percibe cierta incertidumbre respecto al camino que pueden tomar las asambleas en esta etapa

Daniel: Claro que sí, porque son los únicos que son visibles y tienen capacidad de salir a la calle en estos momentos. O sea, lo mejor que puede pasarle al gobierno es precisamente que nos concentremos en el Apruebo porque va a pasar lo mismo que con los comandos por el NO en el 88. Así, en octubre va a estar todo cerrado, no va a haber más pega, no va a haber nada que hacer: ya ganó el Apruebo, ganó la convención.

Hay una apuesta fuerte a limitarnos sólo al plebiscito y el punto es que el camino que sigue después de eso -después del apruebo- por la línea constitucional es empezar una discusión de base gigantesca en torno al país que queremos y si bien yo entiendo eso, y me parece bien, me pregunto: ¿cómo entramos a esa discusión sin pasar antes por el filtro de que toda esta discusión la vamos a dar de nuevo sin posibilidad de incidir en el debate de este tongo que es la convención -o congreso- constitucional?

Mario: Pero ahí hay otra cosa. En el último taller de ECO, lo que apareció claramente es que en el fondo hay que estar por el Apruebo, pasarlo y se abre una nueva etapa de desbordes y hay que medir la forma que pueden tomar esos desbordes, si son deliberativos, serán de movilización, de presión sobre la forma de la constituyente, etc... ¿qué piensas tú de eso; si cae el telón el 25 o se abre una etapa nueva?

Daniel: Yo coincido contigo, pero creo que hay que hacer una distinción en torno a qué grupos y organizaciones se van a fortalecer después del 25 y creo que no van a ser las asambleas. O sea, imagínate que gana el Apruebo… hay un montón de gente que plantea, y yo me sumo a esa línea, que hacer campaña por el Apruebo es como hacerle campaña a Frei en el 64, o sea: ¡obvio que va a ganar el Apruebo!, ¡esta es la elección menos apostable de todas las elecciones habidas y por haber! La pregunta es por cuánto va a ganar. Entonces el desgaste por la campaña del Apruebo yo la encuentro algo absurda, porque no hemos instalado la temática de fondo, ya que el tema clave aquí es: ¿quién va a redactar esa constitución? Entonces, creo que van a evitar a toda costa de que ése sea el centro de la discusión. Por algo modificaron dos veces el acuerdo -por el tema de la paridad y la inclusión de los pueblos indígenas- porque sabían que eso no era un debate de fondo, sabían que podía ser incluso una forma de legitimar este tongo, entonces lo ocuparon muy bien en contra de la movilización social, pero hasta ahora nadie ha sacado el otro tema porque saben que la única forma que tenemos las organizaciones populares y de base de poder cambiar el carácter de la convención constitucional a asamblea constituyente, es con un nuevo 18 de octubre, o sea no existe otra forma. En este escenario no existe otra forma de cambiarle el carácter a lo que viene y a ¿qué nos están obligando? a que discutamos los contenidos de esa constitución y nadie puede estar en contra de eso… sería ilógico que saliéramos a decir que no hay que hacer ejercicios deliberativos populares sobre el país que queremos, pero cuando nos lleven a esa discusión -que es más etérea y no territorializada- de aquí a dos años y que le entrega el poder a esta clase política civil que va a decidir, los que se van a fortalecer son los movimientos sociales pre 18 de octubre; el No+AFP, las federaciones estudiantiles y ¿qué papeles jugaron ellos desde el 18 de octubre en adelante? ¡Ninguno! Entonces se van a fortalecer los viejos movimientos frente a los cuales ya existen lógicas de captación porque ¿a quién le van a salir a preguntar qué tipo de educación queremos? ¿A la ACES? ¿A la asamblea territorial de la población La Pincoya? ¡No! Van a ir a preguntarle a la FECH, al Colegio de profesores, porque ésos son los actores legitimados. Entonces toda esta discusión que se abre no va a fortalecer en nada a las asambleas y de nuevo vamos a estar diciéndoles a nuestra gente que tenemos que pensar el país que queremos sin posibilidad de construirlo.

Hay que ser bien sinceros con nuestra gente y decir que hay discusiones importantes y fundamentales, es decir, hay que construir ese horizonte, pero eso hay que construirlo con constituyente o sin constituyente y por lo tanto con o sin ley y ¿cómo lo hacemos? En el territorio. No lo vamos a salir a construir allá porque esa negociación o pacto ya está amarrado. Fíjate que vamos a entrar nuevamente en un espiral de legitimación del voto. Cuando escuchaba a la derecha decir esto estas semanas yo me puedo imaginar los textos de historia en 30 años más, cuando digan que Piñera abrió una salida democrática a la barbarie que estalló después del 18 de octubre por culpa de los salvajes que salieron a destruir el metro -porque esa es la versión que está construyendo la derecha-. Es lo mismo que nos pasó el 88 y no puede pasarnos nuevamente.

La única vía que encuentro por donde podríamos intentar hacer algo en esta vuelta, es salir a desnudar y a denunciar el proceso que se nos viene con respecto al órgano que va a construir la constitución. Yo no le tengo miedo a la discusión sobre el país que soñamos porque vi y vivencié el proceso de las asambleas territoriales y sé la capacidad que tiene mi pueblo para poder discutir y ponerse de acuerdo con respecto a un país mejor. Eso ya está, ya existe. Pero lo segundo es cómo tenemos la capacidad suficiente para imponer nuestros términos bajo estas condiciones y eso es algo que no está resuelto; todavía no somos capaces de aceptar que todo esto es gracias a un proceso de insubordinación, de desobediencia civil y de pasarse por la raja la ley, que es básicamente la base del 18 de octubre. Mientras no discutamos nuestra capacidad de violencia política, nos van a seguir dividiendo entre *apruebines* y rechazos.

Daniela:, ¿cuál crees que es el rol del territorio local, del pueblo, de lo popular, de la asamblea territorial –como quieras tomarlo- en la construcción del Chile digno o la construcción del horizonte político?

Mario: Yo agregaría que en esa pregunta el tema de ¿cómo se resuelve la relación entre lo local y lo nacional?

Daniel: La verdad es que a pesar de que el cuadro no suena muy alentador para las asambleas, no me dejo de emocionar cada vez que participo de un espacio de formación o de apoyo a organizaciones o asambleas. Bueno, porque ahora hemos hecho una red muy grande también de amistad con asambleas cercanas, donde ya no nos juntamos solamente a discutir de política local, sino a conocernos. Y me emociona cada historia que me cuentan de cosas que se hacen en las asambleas, pero no me sorprende. Esto es exactamente lo mismo que vimos previo al 18 de octubre, pero en un nivel más micro. Ahora nos pegamos un salto cuántico y todas esas micro experiencias que uno ya conocía ahora se están dando todas juntas, simultáneas en un solo territorio, es decir, si antes por ejemplo tenía red con un grupo que era un huerto popular y después un grupo con un centro cultural ahora todo eso se juntó en un solo territorio y en una sola organización. Y eso no me sorprende nada, me emociona sí… porque eso ya estaba anunciado en cada práctica de esto que no tienen nombre todavía y yo creo que es necesario bautizar.. esto que podríamos llamar una "militancia social". Y no me sorprende porque uno se va dando cuenta de que en cada una de esas asambleas uno empieza a reconocer caras, uno reconoce a toda esta franja de los descontentos, la franja de una especie de izquierda, pero no partidista, esta franja que después la empezamos a llamar mucho "militancia social". Y lo que hizo el 18 de octubre a nivel territorial es que logró nuclear en una sola figura organizativa, que es la asamblea o el cabildo, a esa militancia social que estaba dispersa.

A nosotros nos pasa que en mi población me he encontrado con vecinos y vecinas -que no sabíamos que vivíamos en el mismo territorio- con las que nos conocemos hace 15 años y cada uno se dedicaba a su rollo y ahora como estamos juntos y somos vecinos estamos juntos en la misma organización. Entonces lo que hizo el espacio asambleario es que le dio una figura orgánica a una militancia social que estaba dispersa y que por primera vez tuvo incidencia en la coyuntura; porque la tendencia siempre fue estar en el margen, a no contaminarse con el discurso político nacional o estatal y eso nos hacía hacer estas mismas pegas, pero casi sin publicidad, casi sin coordinación o sin horizonte histórico. Y lo que provocó el 18 de octubre fue darnos visibilidad y por primera vez, otorgarnos la capacidad concreta y real de incidir en el discurso político nacional. Fíjense que nuestra vocación de marginalidad era tan fuerte, que asumimos que nunca íbamos a tumbar un gobierno, así que nos dedicábamos solo al trabajo local, sin discusión nacional y de repente nos dimos cuenta de que podíamos hacer las dos cosas al mismo tiempo y, claro, nos emocionamos al punto de que estuvimos a 24 horas de que cayera este gobierno, posterior al 12 de noviembre, y nos asombramos de que realmente tenemos la capacidad de hacerlo… eso fue muy emocionante. Si eso se baja, esta figura organizativa yo creo que tiene que mantenerse porque precisamente le dio unidad de acción y le dio horizonte de proyección a esta militancia social dispersa. La asamblea sirvió como una primera plataforma y luego nos dimos cuenta de que esta primera plataforma que se llama asamblea territorial tiene y necesita prontamente una segunda plataforma que se llama articulación política de las asambleas territoriales y una tercera plataforma que se llama articulación política de las asambleas y otras organizaciones populares. Sin embargo, ahí miramos hacia arriba y nos damos cuenta de que no tenemos tradición, no tenemos muchas herramientas para hacer eso, y ¿quién las tiene? Bueno, la izquierda más clásica, pero esta izquierda mira desde arriba hacia abajo, no desde abajo hacia arriba como nosotros y ese *impasse* no lo estamos resolviendo muy bien.

Creo que hay que defender y mantener esta idea de la asamblea como un espacio nuclear que reúne a la militancia social para que nos reconozcamos en un discurso común y empecemos a plantearlo no solo en nuestros micro-territorios, sino a nivel nacional; aunque eso no nos resuelva los problemas de articulación, de representatividad. Además, tenemos encima una agenda que cada vez nos está asfixiando más y que sabemos que ninguno de nosotros quiere salir a rechazar. Obvio que me emociona el plebiscito, jamás imaginé que íbamos a vivir esto, pero sabemos también lo que significa, de todas las trampas que vienen después y, lo más terrible, sabemos también del destino que puede tener y eso me asusta: saber que la derecha lo tiene tan claro y que nosotros a veces lo tenemos igual de claro pero no somos capaces de decirlo. La derecha ya lo pactó, lo tienen ultra cocinado: hacer una constitución mínima de tres o cuatro frases, cosa que cualquier cosa quepa dentro; total -piensan ellos- para hacer un cambio real, después va a haber que generar otro ciclo de movilización y estos pobres *güeones* que están por allá abajo no van a tener capacidad porque van a quedar embobados por el plebiscito o van a perder capacidad y se van a ir para la casa igual que el 90.

Edward: En términos generales has hablado de una gerencia mezclada en la izquierda chilena, en el sentido de que, por un lado, hay una izquierda chilena que está muy pegada a la democracia directa y la participación popular, pero por otro lado y como has dicho también en términos específicos en el territorio de Ñuñoa, que hay una izquierda que está muy apegada a los partidos políticos, que es más desigual o quizás tiene como una idea distinta de igualdad sino que hay que fortalecerlo con un proceso desde arriba, ¿no? Pero la pregunta que tengo entonces es en términos tuyos y también en términos de la movilización: ¿cuáles son las inspiraciones del pasado entre la

izquierda chilena?, ¿cuáles son las cosas que más se tocan o se rescatan del pasado para traer al presente y fortalecer lo que tenemos y construir algo para el futuro?

Daniel: Desde mi experiencia en la asamblea territorial, puedo decir que como nuestra asamblea tiene estas tres generaciones conviviendo -la de los 60 y 70 que son los que llegaron a esta población, mi propia generación, que somos como estos profesionales que llegamos posteriormente al territorio y la tercera generación que es más estudiantil-; hay una especie de collage que se arma entre diferentes referentes. Sin embargo, siempre hay algunas cosas transversales: la primera referencia siempre es hacia la UP y a Allende en particular. A mí me interesa mucho analizar este fenómeno del *allendismo* popular: mis vecinos y vecinas más viejos no necesariamente saben que Allende era del P.S., no lo vinculan con el partido, él era lo que representaba y eso es interesante. Entonces puede haber en nuestros murales símbolos como los lentes de Allende y nadie va a alegar, pero por ejemplo, la referencia que aparece mucho en este territorio es el de las protestas de los 80 contra la dictadura, ¿por qué nuestros vecinos más viejos se acercaron a la asamblea? Porque dijeron "estoy reviviendo lo que vivimos en los 80" y ahí nos encontramos las tres generaciones porque las jornadas de protestas nacionales representan muy bien la situación actual: un territorio muy explotado, muy oprimido, que termina reventando en contra del régimen y que sobrevive gracias a estas redes de solidaridad que se van generando.

Más que referentes ideológicos, más que personas, el referente fundamental creo yo que es ese proceso de resistencia contra la dictadura. Más allá de eso, la verdad es que no encuentras tantos. Yo al menos no hay ningún otro que se me venga a la cabeza rápidamente y por eso es tan simbólico que el ícono de toda esta movilización sea un perro igual a cualquier otro perro que anda en la calle, y eso lo hemos conversado varias veces, sobre lo simbólico que es… y ni siquiera porque sea algo positivo o negativo, pero nuestra falta de referentes, nuestra ausencia de procesos anteriores hace que hoy día nos sintamos representados en un perrito que andaba protestando. El perrito no tenía capacidad programática, no representaba la utopía socialista, no. Era el perrito que mordía a los carabineros el 2011 y los que lo vimos sabemos que lo importante simbólicamente era que independiente a que estuviera lloviendo, con sol o con frío, él estaba ahí en la primera línea mordiendo a carabineros. Quizás el único referente que tenemos son esas expresiones de acción directa de protesta y que es muy simbólica porque demuestra nuestra capacidad programática, pero también nuestra rabia contenida que explota de tanto en tanto.

Mario: Es muy interesante que las referencias sean la UP, las protestas y el estallido y que todas sean referencias de lucha. Con límites, pero todas ellas son referencias de un pueblo que quiere ser parte en la toma de decisiones, que hace visible sus demandas, que reclama su historicidad y la pone al centro y en ese punto creo que a los historiadores nos falta más reflexión, nos falta aportar más sobre esta historicidad en el siglo XX o quizás más es una historicidad más emancipatoria desde la UP a nuestros días.

Daniel: Hay otra figura que olvidé nombrar, y que sería bueno recordar, una figura que, como sujeto histórico causa un consenso y apoyo general en toda asamblea que se precie de tal, y son los estudiantes secundarios. Ellos son el único referente que puede pararse en cualquier asamblea, levantar la mano y todo el mundo lo va a escuchar, porque se les reconoce algo y allí lo interesante es que lo que se les reconoce –a diferencia del estudiante universitario- es que el secundario dice la verdad independiente de lo que vaya a pasar. Es decir, que el secundario siempre tiene la visión más radical porque no está pensando en el cuoteo político, ni el puesto de poder que se va a ganar, ni en el cargo de senador que le van a dar; el secundario dice lo que tiene que decir y lo que el pueblo

está esperando que se diga. Y a mí me parece súper interesante porque actualmente los debates internos de la ACES son sobre el proceso constituyente y sobre cómo han tenido que medir lo que dicen, porque no pueden salir criticando el proceso, pero tampoco pueden romper con su tradición histórica de ser quienes dicen lo que hay que decir sin importar si ganan o pierdan. Esa figura es muy interesante.